

La pastoral juvenil en el cambio de época. Nuevas constelaciones

JOAQUÍN GARCÍA ROCA

Sociólogo y Teólogo (Valencia)

Síntesis del artículo

El autor presenta nuevos caminos para la pastoral juvenil en esta época de cambios profundos. Para ello, parte de las nuevas constelaciones de valores de los jóvenes y de las orientaciones del papa Francisco. Destaca la constelación del asombro, la constelación del empoderamiento, la constelación del encuentro y la constelación de la acción: acoger, acompañar, defender e incluir.

#PALABRAS CLAVE: Constelaciones, juventud/jóvenes, pastoral juvenil, cambios, asombro, empoderamiento, encuentro, acción, acoger, acompañar, incluir.

Abstract

The author presents new paths for youth ministry in this era of profound changes. To do this, he parts of the new constellations of values of young people and the orientations of Pope Francis. He highlights the constellation of astonishment, the constellation of empowerment, the constellation of the encounter and the constellation of action: to welcome, accompany, defend and include.

#KEYWORDS: Constellations, youth, youth ministry, changes, amazement, empowerment, encounter, action, welcome, accompany, include.

Nuestro tiempo está de mudanzas a causa de profundas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas y religiosas, que incuban una nueva residencia mental y cordial. Los científicos hablan de cambio de paradigma, para significar la ruptura de aquellas visiones que orientaron la comprensión de la realidad. Los humanistas aluden a la metamorfosis, para significar el nacimiento de un nuevo orden al modo como la oruga se transforma en mariposa. Los historiadores reconocen que la humanidad ha ido traspasando distintos estadios para introducirse en una era nueva e inédita. Esta situación de génesis apremia a los sistemas de creencias, a los univer-

sos simbólicos, a las organizaciones sociales y a los estilos de vida. Pero a la vez les arraiga en un suelo nutritivo. Apremios y arraigos hicieron que las primeras comunidades cristianas fueran identificadas como “los de la Vía”, urgidas por los cambios pero también fortalecidas por los nuevos arraigos evangélicos.

Me propongo identificar algunos de esos cambios y mostrar la recepción que acontece en el universo cristiano. El tamaño del desafío ha sido percibido por el papa Francisco al reconocer que la Iglesia “tuvo respuestas para la edad infantil pero no para el cambio de época”. Al solicitar “audacia y creatividad

a la hora de repensar los objetivos, las estructuras, los estilos y los métodos evangelizadores" (EG 46), muestra sus potencialidades. De esta doble tarea depende que Dios se muestre contemporáneo y podamos señalar sus huellas y sus vacíos en el interior de tantas turbulencias y sufrimientos. La experiencia nuclear cristiana hoy consiste en que Jesucristo irrumpa definitivamente para divinizar lo humano y humanizar lo divino. Un Dios amoroso, creador y sanador, que según Francisco se encuentra "misericordiendo", no puede ser huésped de nuestros abuelos y vacacionar en tiempos de los nietos.

1 De signos a constelaciones

Los cambios actuales han transformado los signos, que, según Juan XXIII, permitían "vislumbrar mejores tiempos para la Iglesia y la humanidad" en auténticas constelaciones con astros, que porta y vivifica los demás, y estrellas fugaces. Los signos dejaron de ser estables, fijos y fácilmente identificables en canteras que esperaban ser utilizadas en la construcción del edificio, para convertirse en tendencias que actúan como campos magnéticos y ondas gravitacionales, auténticas propensiones físicas y reales con carácter físico y real, que se sostienen transversal y productivamente en todos los subsistemas sociales y etapas de la vida. Borges expresó este aspecto dinámico de la realidad cuando escribió que incluso "Dios se está creando". Y el papa Francisco ha sabido percibir que los signos del tiempo conciliares se despliegan en distintas sensibilidades y civilizaciones, en los "sures" y los "nortes", en jóvenes y viejos, en culturas cristianas y culturas laicas, en Occidente y en Oriente, en las religiones mundiales y en las sabidurías seculares.

Los cambios actuales modifican, igualmente, la representación de la juventud, que desborda una etapa de la vida para permear los

anhelos y expectativas de todos. Aunque la cultura juvenil no puede desgajarse de los procesos sociales y de los contextos culturales, la juventud no se siente espectadora de los cambios sino protagonista y coautora. Las mutaciones no trascurren sobre ellos sino con ellos, de modo que conforman su propio cuerpo social y su hábitat natural. Solo desde una supuesta superioridad moral y cultural se les puede considerar huérfanos o naufragos; ya que la orfandad afecta más a los adultos que a los jóvenes. La tecnología puede ser un huésped incómodo para algunos adultos; la secularización puede constituir un problema para los que vivieron en una sociedad cultural y religiosamente homogénea, pero no para los que nacieron en ella. El análisis por constelaciones (García Roca, 1994 y María Sáez, 2016), que utilicé en la década de los noventa para comprender la realidad de los jóvenes, permite mostrar que el tiempo siempre es variable en el universo de los jóvenes, que no existe un joven como es debido, sino procesos socio-culturales que iluminan campos de influencia. Y permite entender a los jóvenes como un nodo en la red social; trabajar bien con ellos no significa sólo trabajar sobre ellos, sino crear contextos habilitantes, ambientes comunitarios adecuados y discursos y prácticas apropiadas en todo el cuerpo eclesial.

Comprender la juventud no es diseccionarla, ni señalar las brechas que le separan de los adultos ni mostrar sus patologías, sino captarle en la vida cotidiana, que transitan por lo más simple y sencillo: una juventud que vive y sobrevive; ni son héroes ni villanos, ni se encuentran ante dilemas morales ni en el cruce de caminos, ni se ven obligados a hacer decisiones de vida o muerte, sino que viven la vida común. En su mayor parte no han frecuentado liceos franceses, ni másteres en Escuelas de Negocios. Aman la libertad, la verdad y la justicia como la aman los adultos, y como ellos rechazan la violencia,

la corrupción y la mentira. Se trata de ver las cualidades ocultas de las existencias comunes, en lugar de anclarse en el mundo de las patologías, hasta llegar a preocuparse más por los instrumentales y metodologías que por los anhelos profundos.

2 Los tres abrazos

La juventud es un proceso en permanente interacción e interdependencia, que ha sido fragmentada por los departamentos comerciales; como producto del mercado, los jóvenes son marcas que abocan al desprecio o a la adulación idolátrica. Los desprecian un cierto discurso eclesial que ve en ella todas las patologías: “hedonismo, pasotismo adicciones y desconciertos”; y una cierta praxis que se le acerca como redentores de naufragos y sujetos frágiles. Se les ofrece dirección cuando ellos buscan acompañamiento; se les inculcan catecismos simples cuando ellos disponen de preguntas complejas; se les invita a la acción asistencial cuando ellos poseen una mentalidad transformadora. Y les adulan cuando se les convierte en un ídolo que impone estilos de vida, coloniza los deseos colectivos y silencia los elementos que generan sufrimientos. Dietrich Bonhoeffer, en la década de los cuarenta, culpaba a la Iglesia por “haber llevado a cabo la tentativa demasiado terrena de ir con la juventud, y de este modo llegar a una auto-divinización de la juventud”. Los impulsos idolátricos sobre la juventud se mantienen vivos a pesar de que la crisis actual ha expulsado a tantos jóvenes de los dinamis-mos sociales y laborales y ha mostrado que el ídolo tenía los pies de barro.

El principal servicio a la juventud es vincularla junto a sectores poblacionales a los problemas que tenemos todos planteados sobre la guerra y la paz, la pobreza y las desigualdades, la globalización y la mundialización, el secularismo y la religión, el individualismo y

la comunidad, la soledad y la compañía; si se logra, la cultura juvenil dejará de ser un fetiche que devora la niñez, la madurez y la ancianidad, y experimentará la vinculación entre las distintas etapas de la vida y la conexión entre los sujetos y la responsabilidad común.

Este clamor ha sido asumido por Francisco al vincular a los jóvenes a la opción por los pobres en la Alegría del Evangelio. Y en la “Laudato si”, les ha vinculado a la “defensa de la naturaleza”, a “los pobres crucificados y las criaturas arrasadas por el poder humano” (241). Para lo cual propone “un nuevo abrazo entre los jóvenes y los ancianos” que desafíe la cultura del descarte (191).

Si los signos ya no son canteras que esperan ser utilizadas, sino ríos que fluyen acumulando guijarros, lo decisivo, entonces, es dragar el río de la tradición, las instituciones y prácticas para que los jóvenes se encuentren con la alegría del Evangelio; no se trata de una simple restauración epidérmica; ni de un cambio de metodología ya que como sugería Saint Exupéry: “Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir el trabajo, evoca primero en los hombres y mujeres el anhelo del mar libre y ancho” (Ciudadela, sección LXXV).

3 La constelación del asombro

Toda situación histórica contiene su propia y singular perspectiva sentimental, una visión de lo que funciona mal en ella, una representación ideal de cómo la situación podría mejorar. Y de este modo, las épocas históricas se han ido construyendo en torno a sentimientos hegemónicos; en ciertos momentos, se estimaba lo fuerte y se privilegiaba la adultez que permitía competir con éxito. En otros se estimaba la sabiduría que se transmite con la experiencia; valiosas eran las personas mayores, depositarias de la sabiduría.

Hubo épocas que consideraban valiosa la inocencia, incontaminada y germinal, en torno a la infancia se desplegaban atenciones, cuidados e instituciones. Según el sentimiento, que se consideraba valioso, se transformaba la experiencia de lo sagrado, que se hermanaba con el poder y la gloria, con la sabiduría y la inocencia. Y cuando la cultura se hizo existencial, se buscó lo sagrado en la profundidad de la existencia, que estaba reservado a unos pocos privilegiados. En la actualidad, no sólo se transforman las prácticas sociales, las categorías mentales y los estilos de vida, sino también los sentimientos hegemónicos, que vehiculan la experiencia de lo sagrado.

La fe cristiana desde sus orígenes se cultivó en torno a la seducción, atracción y fascinación ante la persona, vida y obra de Jesús de Nazaret. Porque asombra su capacidad sanadora, su sabiduría, su misericordia, se le reconoció como Señor. La fe es una modalidad del asombro, que evoca confianza y provoca compromiso ¿Cuáles son los lugares hoy del asombro en los jóvenes y en los pobres? ¿Dónde se incubaba aquel estupor que sintieron Santiago, Andrés, Juan, María o Pedro para sentirse llamados? Decía San Agustín que el amor y el anhelo precede a la búsqueda de verdad. Y Pascal sugería que sólo si nos sentimos atraídos por algo, seremos capaces de conocerle y aceptarle.

Se han desplazado los lugares del asombro para residir en vidas comunes y cotidianas, nada extraordinarias ni heroicas. Es en la belleza de lo humilde, en la ternura de lo insignificante, en la práctica de la ayuda donde sucede lo que finalmente interesa; es en el grito de la madre que reclama justicia para sus hijos, asombra ver a personas que rescatan a los naufragos a riesgo de su vida.

3.1 *La esperanza descalza*

La cultura juvenil ha estado siempre fecundada por sentimientos utópicos, que brindaban un horizonte prometedor. Cultivar los sueños

ha sido el propósito de las familias, los educadores e iglesias. El futuro era la residencia de los anhelos y de las expectativas de los jóvenes. Sin embargo, la situación actual ha impugnado la vigencia de las utopías, y el futuro ha dejado de ser una promesa para convertirse en amenaza y preocupación (Galimberti, 2010: 25-30). ¿Tendré o no trabajo? ¿Para qué servirán mis estudios? ¿Se mantendrá el bienestar alcanzado por mis padres? Las preguntas sobre el futuro se convierten en una pesadilla. El siglo XX se cerró con la proclamación del fin de muchas cosas: el ocaso de Occidente (Spengler), el final de las ideologías (Bell), el fin de la historia (Fukuyama), el fin de la confianza (Peyrefitte), el fin del Estado de Bienestar (Hayek), el fin del sistema social (Luhmann), el declive de lo público (Sennett). Lo que se anunciaba en los observatorios académicos, ha tomado cuerpo en la vida cotidiana de la juventud.

Cuando el futuro deja de ser una promesa y una oportunidad, se tambalea el proyecto cultural que pensaba el fin a través de utopías positivas y renacen los tiempos apocalípticos, angustiosos y desesperanzados; asimismo, conllevan el secuestro de los fines en el interior de un universo de los medios (Anders, G. 2011: 359); se renuncia a plantearse el para qué del empleo, el para qué del crecimiento, el para qué del euro, el para qué de la educación (García Roca, J. 2014: 18). Sin embargo, la constelación de los sentimientos emite señales hoy en otra dirección y la cultura juvenil, en el interior de fuertes tendencias anti-utópicas, se resisten al fatalismo y se moviliza sostenida por amplios depósitos de indignación, que permiten imaginar regímenes políticos distintos al actual, y por las capacidades inédita de la tecnología en la esfera de la salud y de la enfermedad, de la comunicación, el trabajo y el ocio (Aranguren et alii, 2014: 33-35, 67). Pero estos anhelos han permutado su ropaje ya que una utopía en el mundo juvenil sólo pue-

de ser destronada por otra utopía. Pero sobre todo, la imaginación utópica se residencia en la creencia en un mundo mejor que late en lo cotidiano, de modo que la utopía no consiste en imaginar el final de la vida y de la historia, sino de encontrar una vida deseable y viable en el tiempo corto; es ahí donde late la utopía anhelada por la cultura juvenil, incluso cuando se formulan como deseos anti-utópicos. Esta convicción somete el deseo utópico a ser inconcluso, inseguro e incompleto, contra todo lo que pretende clausurarles, como son la ideología del sentido común, el pragmatismo político o la mercantilización del deseo.

En este contexto, el papa Francisco ha lanzado relatos utópicos que tienen arraigados los pies en la realidad como proceso, lejos de la idealidad abstracta. “Techo, trabajo, tierra” son los astros de la nueva constelación que exige rupturas y discontinuidades e invita a vivir el tiempo penúltimo.

3.2 Seducción de la bondad

Tradicionalmente, la inquietud partía de los límites e insuficiencias humanas; el asombro y estupor giraban en torno a la menesterosidad, fragilidad y contingencia. Como observa Zygmunt Bauman: “somos criaturas defectuosas, seres mortales dolorosamente tentados con la eternidad, seres inacabados que soñamos con la completitud, seres inciertos hambrientos de certezas; somos desesperadamente insuficientes... y por esta razón, bien somos irrevocablemente religiosos... bien estamos condenados irremisiblemente a buscar desesperadamente un escape a esa desesperación, una de cuyas alternativas posibles es la religión (Bauman, Tester 2002: 181).

En la actualidad, estas experiencias de finitud, sufrimiento y debilidad se han convertido en espacios para la gestión técnica del dolor, y lo antaño inevitable –morir– ha mutado en contingencia, y lo contingente –el modo de producción capitalista– en inevitable (Zizek,

2014:149-151). La vida cotidiana de los jóvenes, que transcurre entre el trabajo, el hogar y la diversión no tiene tiempo ni ganas de ocuparse de su desesperación existencial ni de considerarse miserable, inquieto o desgraciado (Duch, 2012: 229). La sensibilidad socio-cultural se orienta más bien a las experiencias positivas que se despliegan en la alegría y en el asombro de vivir plena y felizmente. En este contexto Francisco ha propuesto recuperar el Evangelio desde la alegría de haber sido elegidos, salvados y regenerados por Jesús. “Cuando en nuestras parroquias, comunidades e instituciones encontramos gente que se dice cristiana, y quiere ser cristiana, pero está triste, algo le pasa que no está bien”.

En todas las encuestas a los jóvenes y a los pobres, el valor más estimado es la solidaridad. Seduce la figura de Jesús que se conmovió: “al verles hambrientos, tuvo compasión de aquella multitud”. Asombró porque pasó su vida haciendo el bien. Quedar afectado y ser impelido a dar respuesta es la llama del amor que despierta en el corazón humano generosidad, altruismo y donación. Así lo constataba Vasili Grossman, en su obra “Vida y Destino”: “el bien no está en la naturaleza, tampoco en los sermones de los maestros religiosos ni de los profetas, no está en las doctrinas de los grandes sociólogos y líderes populares, no está en la ética de los filósofos. Son las personas corrientes las que llevan en sus corazones el amor por todo cuanto vive; aman y cuidan de la vida de modo natural y espontáneo” (2007).

La bondad genera formas concretas de sentir, de pensar, de vivir y de actuar; unas veces a través de la acción concreta, otras a través de la denuncia y de las protestas, y también, en palabras de Francisco, “enfrentándose a las causas profundas por las que miles de hombres, mujeres y niños son expulsados cada día de su tierra natal” (III Encuentro Mundial de los Movimientos Populares, Roma, noviembre de 2016).

3.2 *El llamado de las periferias*

La solidaridad con los excluidos ha generado en el mundo de la juventud la actualidad de los sin-fronteras, que trabajan en el interior de las grandes fracturas. En la fractura Norte-Sur les seduce la universalización de los derechos, la promoción y defensa de la vida. En la fractura de la sociedad del Bienestar, les seduce la accesibilidad a los bienes básicos que permiten construir una sociedad decente. En la fractura capital-trabajo que expulsa y descarta, apuestan por la igualdad. En la fractura tierra-humanidad caen de parte de cuidar las condiciones elementales de la vida. La fractura varón-mujer que desprecia y ningunea las capacidades de la mitad de la población, apuestan por la igualdad de género.

Cada una de estas fracturas crea sus periferias existenciales, sociales y políticas. En una sociedad construida sobre el rendimiento, son periferia las personas que no pueden competir; en una sociedad que idolatra la juven-

tud, son periferia los viejos. En una sociedad cohesionada sobre la nacionalidad, son periferia los indocumentados. Francisco ofrece la imagen de las periferias para identificar la tarea del cristiano en el actual contexto. «Allá donde vayáis no construyáis nunca muros ni fronteras, sino plazas y hospitales de campaña». Las periferias nacen allí donde existen las fracturas que rompen los vínculos solidarios, son el lugar social donde se densifica el sufrimiento de origen físico, psíquico y social.

3.4 *Asombro en la sociedad tecnológica*

También hoy la sociedad tecnológica es un depósito de asombro cuando abre nuevas e importantes perspectivas en el campo de la salud y del bienestar, en las expectativas de vida, en la gestión del trabajo y el descanso, en el dominio de las cosas y de la vulnerabilidad. Esta revolución se puede vivir como lugar de la creatividad, como espacio de la acción de Dios en el mundo. Deslumbran los avances tecnológicos y su genio científico,



como prolongación del acto creador. A un joven que vive enganchado al Instagram, al Twitter o al Facebook, no se le puede exigir que cierre la aplicación para buscar el sentido de la vida y del mundo; más bien, habrá que ayudarlo a descifrar la trascendencia y la solidaridad en el mismo acontecimiento tecnológico. El humanismo cristiano no puede construirse al margen o contra la racionalidad instrumental y competencia técnica; por la misma razón que no pudo construirse en su día al margen de la sabiduría griega o del ordenamiento jurídico romano, o de la cultura ilustrada de la modernidad. Apagar el móvil para que se oigan otras voces trascendentes es vincular la suerte del cristianismo a la etapa pre-tecnológica. Es tan imposible como lograr que se desconecten los móviles a la entrada del oficio religioso o del concierto; como mucho, se quitará la voz.

O abrimos nuevos espacios para el asombro que hoy están más vinculados a la ciencia y a la tecnología, o no habrá espacio para lo sagrado. En la cultura rural, Jesús de Nazaret se asombraba ante la belleza de los lirios del campo, se maravillaba ante las aves del cielo e invitaba a observar cómo “la tierra produce por sí misma primero el tallo, luego la espiga, después trigo abundante”. En la actualidad, la revolución tecnológica ha producido nuevos lugares para la admiración y el asombro y la acción creadora de Dios. No podemos elegir entre la civilización técnica o la fe en Dios — lo que significaría resignarse a la idea de que Dios no puede ser contemporáneo de nuestro tiempo.

4 La constelación del empoderamiento

Cuando surge el deseo de un cambio radical, afecta asimismo a la representación de la tripulación. Los actores únicos, autosuficientes y excluyentes, dejan paso a actores plura-

les, tanto en el nivel local como en el global; emerge la constelación del empoderamiento que se despliega en implicación, colaboración y participación. En el epicentro está el enfoque de las capacidades, que cuestiona la óptica de las carencias que vio en las poblaciones valencias negativas: los jóvenes, se decía, no son adultos, no piensan, no se controlan, no tienen futuro; los pobres no tienen ingresos, carecen de los bienes primarios, sufren privaciones económicas; los ancianos han perdido memoria, carecen de iniciativas, son un peso para la sociedad. Cuando se actúa desde las carencias se distorsionan sus derechos e identidades socio-políticas. El nuevo enfoque privilegia las capacidades; así lo entienden los jóvenes, los ancianos y los empobrecidos que se resisten a ser reducidos a objeto y exigen ser actores de su propio desarrollo; nadie es sólo carencia ni es sólo receptor o paciente sino también personas que valoran, estiman, esperan y desesperan. Un signo de nuestro tiempo ha sido la revancha de los individuos y pueblos como agentes y actores principales de su propio destino frente al dominio de los sistemas económicos, estructuras políticas e ideologías; así se escenificó en las primaveras árabes, en los movimientos de indignados, en el clamor de los laicos en la Iglesia, en el protagonismo de la mujer en todos los ámbitos. La juventud no se reduce a ser una etapa previa a la adultez ni puede entenderse como un tránsito.

4.1 Capacidad de participar

La cultura del empoderamiento significa que la participación no es concedida, tolerada o soportada, sino derecho conquistado, exigido y celebrado; es la demanda mayor en el mundo de la juventud y de los pobres. Los jóvenes rechazan la tutela y los pobres la asistencia. Unos y otros piden ser reconocidos como protagonistas y valorados como sujetos. Solicitan que la asistencia genere autonomía e incorpo-

re la ayuda económica, la participación social y la implicación personal.

Esta constelación sostiene el reproche que Francisco hace al clericalismo, que “anula la personalidad de los cristianos y al tratarlos como mandaderos –afirma en Carta a la Comisión para América Latina y el Caribe– coarta las distintas iniciativas, esfuerzos y apaga el fuego profético, de modo que no es el pastor quien dice al laico lo que tiene que hacer, ellos lo saben tanto o mejor que nosotros”. La capacidad de participar se abre a la colaboración con otras edades y otras confesiones. De modo que no se ejerce el gobierno ni el liderazgo si no se practica previamente la escucha.

4.2 *Capacidad de ser pueblo*

El empoderamiento culmina en la conciencia de pueblo; ser joven (y/o pobre), es sentirse pueblo, ser “hombres y mujeres del pueblo”. Dios convoca “como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva sólo, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana” (EG 113). Ser pueblo es ejercer la ciudadanía activa y responsable, frente a masas dominadas por poderes ajenos, que impiden pensar, distorsionan los deseos y destruyen los anhelos del ser humano. Y de este modo, discierne la verdad. No resulta fácil, constata Francisco, engañar a la gente ya que “posee un instinto de la fe –el *sensus fidei*– que les ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios... de aquello que responde a intereses bastardos (EG 119). Lo que hace actualmente rechazable una concepción feudal del poder que convirtió al Papa en Sumo Pontífice y a los obispos en sus gobernadores, muy lejos de la cultura democrática y de la participación de los fieles. Es ese horizonte-pueblo quien le permite, asimismo, plantear un modelo alternati-

vo de sociedad inclusiva. Le lleva a denunciar un sistema económico mundial que crea víctimas, desplazados y migrantes forzosos; un sistema laboral que descarta a las mayorías sociales y produce precariedad laboral. Es una utopía-pueblo que “integre a los inmigrantes y refugiados ya que ellos promoverán nuevos dinamismos en la sociedad”.

4.3 *Capacidad de inaugurar procesos*

Sostiene Isaiah Berlin que la idea más peligrosa del siglo XX fue creer que existe una sociedad perfecta a la vuelta de la esquina: “si uno está convencido de que existe una solución para todos los problemas humanos, de que uno es capaz de concebir una sociedad ideal a la cual el hombre puede acceder si tan sólo hace lo necesario para alcanzarla”. La peligrosidad de esta idea se ha mostrado a lo largo de los terrores y monstruosidades del siglo XX, que no fueron tanto producidas por la maldad o el odio tribal sino por creer que se puede tener todo lo que se desea y al mismo tiempo. La cultura juvenil, hoy, transita por otros raíles. Y ha empezado a abrir alternativas en torno a la experiencia del límite. Una economía que no esté limitada por la política, es autodestructiva, y una política que no esté sometida a la ética es inhumana. En el acompañamiento de jóvenes y empobrecidos bullen siempre dos principios opuestos que necesitan también articularse armónicamente: el principio utópico que tiende a la idealidad y la realidad del límite, que se vive en la acción concreta. Ambos principios son necesarios, pero, como aconseja Francisco, hay que dar prioridad a los procesos, que convierten las acciones en eslabones, por encima de los resultados. Cuando se olvida que los procesos son superiores a los resultados se machacan las mentes de los jóvenes y de los pobres y se acaba hablando de la pobreza sin ponerse nunca en situación de pobreza; y de los jóvenes sin atender que cada uno tiene su tiem-

po propio y singular. Quedamos atrapados en la condición abstracta y fantasmal de “la pobreza” y de la “juventud”. Por eso advierte el papa Francisco que “es peligroso vivir en el reino de las palabras que reducen la política o la fe a la pura retórica”. “Las ideas desconectadas de la realidad originan idealismos y nominalismo ineficaces... purismos angélicos, proyectos más formales que reales...” (EG 231.232). El mayor problema que tiene hoy la pedagogía y la acción social es que la crisis nos ha instalado en el tiempo corto de la resolución. Población y profesionales de la acción social están en pie de urgencia.

5 La constelación del encuentro

El viaje es la metáfora de los anhelos juveniles. Traspasar las fronteras, abrirse a la novedad, buscar en territorios desconocidos sigue siendo el núcleo de una constelación. Pero vive también su propia convulsión ya que el viaje no está movido por la meta, sino por lo que acontece en el camino mismo: “No sé dónde vamos, pero debemos ir”. El epicentro se desplaza al encuentro, que pone a prueba a uno mismo, convierte la vida en experimento y despierta los potenciales escondidos del alma y las energías silenciadas. El encuentro es un acontecimiento que no está inscrito en la meta, ni está tutelado por ortodoxias,

ni posee garantías previas al propio encuentro. De este modo, el sistema uniforme se resquebraja en favor de un sistema multiforme, plural e intersubjetivo. El encuentro es el nuevo estatuto de lo real, que abre posibilidades inéditas para entender la espiritualidad cristiana, la condición histórica del cristianismo, y el alcance de la propia verdad. Articular la experiencia cristiana en torno al encuentro es el propósito del papa Francisco.

5.1 La condición histórica del cristianismo

La cultura juvenil incuba la audacia y la pasión por descubrir con sus propios códigos. Lo cual crea una conexión especial con la vida y obra de Jesús el Galileo que se ha transmitido mediante relatos, que sugieren y exhortan. Pablo de Tarso se consideraba a sí mismo un buscador de la verdad que le llevaba a frecuentar la sinagoga, las Escrituras y la cultura clásica griega. La fe acontece en el encuentro entre la fidelidad al Evangelio y la realidad histórica, a través del diálogo y de la confrontación, de modo que el cristianismo está en continuo proceso de reinterpretación; es más justo decir “espero ser cristiano”, que “soy cristiano”. Francisco considera al cristiano como una personalidad incompleta, más propensa a la pregunta que a la respuesta: “Si una persona dice que ha encontrado a Dios con certeza total y ni le roza un margen de



incertidumbre, algo no va bien. Y si uno tiene respuesta a todas las preguntas, es prueba de que Dios no está con él”.

A los jóvenes no hay que alimentarles como se alimenta a un ganso, decía Albert Camus, sino que deben sentirse cocineros, con más preguntas hechas que respuestas recibidas; esta es la condición de posibilidad de encontrar a alguien que sólo se insinúa en sus vidas. Y cuando las ideologías y los mercados cierran su apertura, activarán las alarmas de un naufragio. La conciencia histórica de la juventud les convierte en exploradores de nuevos territorios, también para la fe. Acreditarse ante esta cultura supone recuperar tanto la fuerza de las convicciones como el poder de la búsqueda. Esta conciencia histórica ha sido la ocasión para volver al Jesús histórico. Situar-se más allá de la historia fue la pretensión de ciertos grupos gnósticos que, ya desde el origen del cristianismo, creían que el espíritu se contamina en contacto con la materia, y que lo sagrado pierde su dignidad al acercarse a lo profano. El encuentro entre el Evangelio y el tiempo, entre la Biblia y el periódico, entre la fidelidad evangélica, que se alimenta en la oración y la tradición, y la lealtad a las circunstancias históricas y comunitarias, que se alimentan en la observación y en la experiencia, constituye el quehacer de la pastoral juvenil.

5.2 La presencia ligera

La cultura del encuentro favorece un tipo de presencia más carismática que institucional, más silenciosa que ruidosa. Lo decisivo es el encuentro con la realidad, que incorpora al “tiempo, lugares y personas”. Francisco, en consonancia con esta sensibilidad, en *la Alegría del Evangelio* establece el principio “la realidad es superior a la idea” para gestionar los asuntos humanos y eclesiales. En *la Alegría del amor*, él mismo hace una operación práctica de cómo conjugar la familia ideal y la familia real; sugiere citando a Santo Tomas que “si

no hay más que uno solo de los dos conocimientos, es preferible que este sea el conocimiento de la realidad particular que se acerca más al obrar” (AL 305, nota 348). «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (EG 49).

El idealismo hace inmisericordes, distantes y rígidos, e impide entender las formas emergentes de vivir la juventud –piénsese en los matrimonios civiles, o en formas alternativas de convivencia–. Ante esta realidad cabe condenarlos absolutamente, o integrarlos en la medida de lo posible en la comunidad cristiana. Lo cual solo es posible si no se consideran el mal absoluto sino que en ellos hay también “signos de amor que en algún modo reflejan el amor de Dios” (AL 295). “En ellos hay con mucha frecuencia un afecto profundo, responsabilidad por la prole, capacidad de superar las prueba, ayuda mutua... lo que permite considerarlo pasos graduales hacia el sacramento del matrimonio” (AL 293). Se trata de aplicar el principio de gradualidad. E incluso llegar a comprender, pone por caso, que a veces los jóvenes no se casan por la mentalidad general anti institucionalidad, y por las dificultades que supone casarse en el interior de la miseria material.

5.3 La verdad como encuentro

Tradicionalmente, la pastoral juvenil se ha ocupado de construir identidades cristianas. Los cambios actuales han cuestionado los modos a través de los cuales se produce. La identidad hoy ya no consiste en tener ideas claras, respuestas fáciles, sino en hacer testimonio del motivo por el cual se vive y se espera. “Nuestro pensamiento, –dice Francisco– esté abierto hacia el horizonte poniendo en el centro a Cristo”. Les dice a los obispos de Asia, que cristiano no es quien dice “yo soy” sino quien dice “yo espero”. Y les dijo: “cuí-

dense de la tentación de esconderse en frases, leyes, y reglas. No debemos cerrar el discurso, sino reconocer a Dios donde se encuentre". Lo decisivo no es saber lo que somos sino en qué confiamos. La identidad hoy se construye con materiales de distinta procedencia y en contacto con poblaciones que se diferencian por la religión, el color, la lengua y las tradiciones, que están obligadas a codearse continuamente. Los cambios actuales han traído un mundo mestizo, único e interdependiente; un mundo que rompe la distinción entre los de dentro y los de fuera, los míos y los otros. La coexistencia no ha logrado transformarse en convivencia, sino que crea hostilidad y desconfianza, crispación de las identidades y desviaciones xenófobas. En los últimos años, nuestro planeta será una trama de identidades, confesiones interconectadas por la paz y el respeto o por el conflicto, el aborrecimiento y la desconfianza. Reconciliar, reunir, convivir es un quehacer de la pastoral juvenil.

6 La constelación de la acción

El mar libre y ancho se despliega en una gramática básica de la acción, que Francisco a lo largo de su magisterio, especialmente en su visita a un centro asistencial de personas desplazadas, inmigrantes y refugiados en Roma (septiembre de 2013), resume en cuatro operaciones: acoger, acompañar, defender e incluir.

6.1 Acogimiento e incumbencia

Los "aliados" –jóvenes, tierra, pobres, ancianos– se incorporan a la cultura de la acogida al quedar afectados y reclamados a responder; lo que les hace estimar la donación y la gratuidad, que rompe la lógica del mercado y la mercantilización de la vida. Acoger empáticamente, sin condiciones ni contraprestaciones, les lleva a estimar las organizaciones solidarias como zonas desocupadas de intereses. Acoger

al joven es aceptarle con su historia, con su libertad, con sus equivocaciones y desde ellas construir un proyecto de vida que mira al otro como Dios mira; acogida dispuesta incluso a comprender allí donde antes sólo había discriminación y condena. Francisco ante la pregunta acerca de la homosexualidad, contesta al estilo del Nazareno: "Dime: Dios, cuando mira a una persona homosexual, ¿aprueba su existencia con afecto o la rechaza y la condena?". El acogimiento está "lleno de pequeños gestos de cuidado mutuo: abrazar, abrazar. Hemos de aprender a abrazar para entrar en el corazón". Aunque esta operación choque con fronteras morales y estereotipos sociales.

6.2 Acompañamiento y gradualidad

La sola acogida no basta, es necesario acompañar en la búsqueda de respuestas concretas y de este modo pueda elegir la vida, que considere buena. No se acompaña igual a jóvenes, que se sienten con superioridad social y moral, que a quienes se consideran perdedores radicales. A los primeros se les ayuda a aceptar la caducidad de su poder y los límites de la fuerza; a los segundos a asumir la responsabilidad en su situación ya que también ellos han aportado un granito de arena. Acompañar es favorecer procesos abiertos e inciertos de humanización por más duros y prolongados que sean. En el acompañamiento solo hay eslabones e importa más generar procesos que obtener resultados inmediatos. El tiempo del acompañamiento es un tiempo largo frente al tiempo corto de la emergencia, sin obsesionarse por los resultados inmediatos. Soporta situaciones difíciles y complejas. "No renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino" (EG 45).

6.3 Defensa y promoción

El acogimiento y el acompañamiento se completan con la defensa del débil frente a los

atropellos, humillaciones, atentados a la dignidad, y a las tramas y marañas que impiden vivir. La pastoral no puede pasar de puntillas por encima de lo que hiere y ofende, aunque esto aboque al conflicto con los poderes dominantes. Es necesario aceptar el conflicto, “sufrirlo, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso” (EG 227). El conflicto no es la meta ni la estación de llegada sino el paso hacia “nueva y prometedora síntesis” (EG 230), en las que se “conserven en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna” (EG 228). Si la pastoral no ejerce la defensa, perderá su dimensión política, que es el culmen del amor.

quememos el camino, dice Francisco: dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: marginar y reintegrar. El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios, inmerecida, incondicional y gratuita” (Homilía a los cardenales, AL 296). Cuando se elige marginar y excluir se abandona la lógica del evangelio. La inclusión es hoy generadora de una esperanza con “crespones negros” que sangra por los descartados de los dinamismos sociales, por las vidas rotas de los desaparecidos en Lesbos, en Lampedusa, en Melilla o en cualquiera río Grande; por la impotencia de los jóvenes por encontrar un sitio en la sociedad.

JOAQUÍN GARCÍA ROCA

6.4 Inclusión y esperanza

La mayor pretensión hoy consiste en crear una sociedad, local y mundial, inclusiva en la que se incorporen los desechados del sistema y los desheredados de la historia. “No equivo-

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARANGUREN, L. - GARCIA ROCA, J. - VITORIA, J. (2014). *Indignación. Caminos de trasgresión y esperanza*. PPC, Madrid.
- ANDERS, G. (2011) *La obsolescencia del hombre. Sobre la destrucción de la vida en la época de la tercera revolución industrial*. Pre-textos, Valencia.
- BAUMAN, Z y TESTER, K. (2002) *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México.
- DUCH, LL. (2012): *La religión en el siglo XXI*. Siruela, Madrid.
- FRANCISCO, *Exhort. ap. Amoris Laetitia* (19 marzo 2016)
_ *Carta Encíclica Laudato Si* (24 mayo 2015).
_ *Exhort. ap. Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013).
- HILLESUM, E. (2001): *El corazón pensante de los barracones. Cartas*, Anthropos, Barcelona.
- GALIMBERTI, U. (2010): *L'ospite inquietante. Il nichilismo e i giovani*. Feltrinelli, Milano.
- GARCÍA ROCA, J. (2014): *Espacios para la esperanza*. Caritas, Madrid.
- _ (1994): *La constelación de los jóvenes*. Cuadernos C. J. Barcelona.
- GROSSMAN, V. (2007): *Vida y destino*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- MARÍA SÁEZ, V. M. (2016): *Comunicaciones ininterrumpidas*. PPC, Madrid.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1997): *La ciudadela*. Alba Editorial, Barcelona.
- ZIZEK, S. (2014): *Pedir lo imposible*. Akal, Madrid.